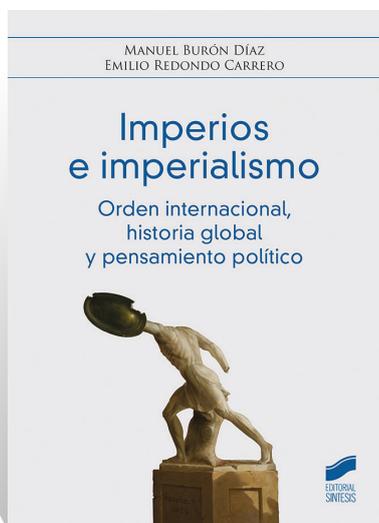


Imperios e imperialismo. Orden internacional, historia global y pensamiento político

FICHA BIBLIOGRÁFICA



MANUEL BURÓN DÍAZ Y EMILIO REDONDO CARRERO. *Imperios e imperialismo. Orden internacional, historia global y pensamiento político*. Madrid: Síntesis, 2022, páginas 267, ISBN: 9788413572239

José Antonio Sánchez Román | UNED

Colocar a los imperios en el centro de nuestras preocupaciones historiográficas se ha demostrado en las últimas décadas un emprendimiento muy productivo y nos ha ayudado a superar los corsés metodológicos y epistemológicos que nos ataban al marco del estado-nación. Sin duda, este es un camino que debemos profundizar y este parece ser el objetivo de *Imperios e Imperialismos*, de los profesores Manuel Burón y Emilio Redondo. Hay una tesis central en este libro, presentado bajo la forma de un manual, la de la existencia de una fractura fundamental, ontológica, ente lo que los autores denominan imperios clásicos con aspiraciones universales y los modernos imperios coloniales, producto del imperialismo de los estados-nación industriales europeos decimonónicos. Esta ruptura esencial, argumentan los autores, no ha sido bien comprendida por nuestras sociedades ni siquiera por muchos historiadores, lo que lleva a contemplar los viejos imperios clásicos bajo la lupa de la crítica desarrollada so-

bre el imperialismo moderno. Esa crítica se basa en la lectura mítica de muchos movimientos nacionalistas, surgidos precisamente en los procesos de descomposición imperial.

Sin duda, la emergencia del estado-nación como forma de organización política, con la pretendida igualdad de todos sus integrantes, y las profundas transformaciones económicas y tecnológicas que trajo la industrialización, influyeron en las formas que adquirió la construcción de imperios en el siglo XIX. Sin embargo, ¿resultan tan incomparables los imperios universales y los imperios modernos como parece desprenderse de las páginas de este libro? ¿Es cualquier reflexión crítica sobre los imperios un anacronismo derivado de un nacionalismo romántico?

Los autores fuerzan tanto su caso que abusan de la presentación de dualidades para apoyar la idea de radical ruptura entre los tipos de imperio. Ansiosos de subrayar que las críticas a los imperios son el resultado del arrollador avance de la mirada del estado-nación, Burón y Redondo mezclan indiscriminadamente los puntos de vista *emic* y *etic*, creando más confusión que claridad. Sorprendentemente, en un libro que pretende despejar nuestra lectura sobre los imperios del pasado del filtro que le impone el colonialismo europeo contemporáneo, la selección de casos de estudio resulta particularmente eurocéntrica, lo que no contribuye a convencer al lector de esa radical ruptura entre imperios clásicos y modernos sobre la que insisten los autores.

Más allá de la pretendida universalidad de los imperios clásicos (occidentales), Burón y Redondo subrayan algunas diferencias significativas entre las antiguas formas imperiales y los modernos imperios coloniales. Las primeras, sostienen, eran estructuras policéntricas, heterogéneas, jerárquicas: «la heterogeneidad del imperio se contraponía a la homogeneidad del Estado-nación» (p. 49). El problema es que la heterogeneidad del imperio (clásico) no se contraponía a la del imperio (colonial), sino que en esto eran ciertamente muy parecidos. Unos de los puntos centrales en este argumento es el de subrayar que los antiguos imperios universales tenían algo de monarquías compuestas, de ensamblaje de partes diferenciadas, mientras que los imperios coloniales se construyen sobre la radical separación entre un centro y una periferia. Sin embargo, una ya abundante historiografía ha señalado que los imperios coloniales distaban de ser una simple estructura de centro y periferia. La idea de ensamblaje de partes diferenciadas funcionaba tan bien para los modernos imperios coloniales como para los imperios clásicos. Si, como mencionan los autores, México o Lima pudieran tener tanta importancia como Madrid en muchos momentos de la historia imperial hispánica, algo parecido cabe decir de la India, Sudáfrica o Egipto en diversos momentos de la historia imperial británica.

El problema quizás hay que plantearlo trascendiendo la simplificación encapsulada en la dualidad centro-periferia. La equiparación de los imperios clásicos con la idea de monarquía compuesta puede ser engañosa. Como señalan Burón y Redondo, las monarquías compuestas eran un fenómeno europeo, unidades «que a su vez contenían y articulaban otras muchas unidades políticas previas». Pero esa agregación de unidades no se replica en todos los espacios, y ni siquiera en muchas partes de Europa. En realidad lo que se produjo fue una redefinición radical del espacio, su «producción» (como lo denomina Manu Goswami, para el caso de la India). En este sentido, la India es un producto del colonialismo británico, como

Nueva España o Perú son producto del colonialismo español. Es por esto, que la idea de una relación entre un centro y una periferia, como partes separadas y con existencia previa no resulta particularmente iluminadora. Pero por la misma razón, no tiene sentido pensar en un mecanismo de agregación y equilibrios entre unidades previamente constituidas.

Esta cuestión de la producción del espacio resulta crucial para comprender diversos fenómenos. Los historiadores económicos en las décadas recientes han realizado sofisticados análisis, que los autores de este libro asumen, en los que muestran que en muchos casos los imperios no fueron beneficiosos para las metrópolis. Pero este tipo de trabajo oscure precisamente el hecho de la transformación radical de las estructuras sociales de los espacios colonizados.

El problema es que Burón y Redondo construyen su relato sobre oposiciones duales que no funcionan de manera tan diáfana como los autores asumen. Así, presentan a la monarquía hispánica (sobre todo en los siglos XVI y XVII) como el último de los imperios clásicos. Los autores dejan caer que, aunque España anticipó algunos rasgos de los modernos imperios coloniales, «algunos historiadores... alegan que en América no se fundaron colonias sino que las regiones conquistadas fueron incorporadas a la matriz política original». (p. 119). Esta dinámica contrastaría de forma evidente con Francia y sobre todo Gran Bretaña, esta última caracterizada por los autores como una «estructura fuertemente centralizada» e «impulsora de una expansión colonial basada en el libre mercado», mientras que en el mundo hispánico «los territorios ultramarinos no eran en ningún caso colonias de explotación al uso» (p. 119). Estas afirmaciones, que abarcan desde lo político a lo económico, resultan enormemente problemáticas y las contradicciones que emergen a lo largo del texto son prueba de ello. Así, como si fuera el caso español en América, Argelia tampoco fue administrada como una colonial sino «anexionada como parte del Estado francés» (p. 147). Y sin embargo, esta observación no les impide a los autores subrayar el carácter depredador y colonial del gobierno francés sobre Argelia, acompañado de racismo, discriminación y expropiación de tierras. Igualmente, no está claro en qué sentido el Imperio británico era una estructura fuertemente centralizada: ¿se tomaban todas las decisiones en Londres? ¿A partir de cuándo, de la pérdida de las Trece Colonias, que habían gozado de un importante grado de autonomía? ¿Hasta cuándo duró ese centralismo, hasta la creación de los dominios, que de nuevo gozaron de amplia autonomía? ¿Qué pasó con gobernadores y virreyes, qué autonomía tenían? ¿Y con príncipes y elites locales asociadas? (De nuevo, cayendo en la contradicción, Burón y Redondo indican: «el gobierno británico en muchas ocasiones no eliminó las autoridades políticas previas, sino que las sometió y gobernó a través de ellas», p. 197). La centralización imperial británica pareciera un episodio de una brevedad llamativa, y desde luego no mucho mayor que la de los imperios clásicos.

La cuestión del Imperio británico como un imperio de libre mercado también merecería matices y mayor complejidad, y además muestra cuestiones cruciales que el libro de Burón y Redondo dejan de lado. Los mercados -libres o no- son construcciones sociales. La cuestión trasciende el mero intercambio. Elementos como la fiscalidad o el trabajo son clave para el funcionamiento y diseño de esos mercados. He aquí dos grandes ausentes en el relato que ofrece *Imperios e imperialismo*. Cuando los dos autores hablan de que los territorios españoles en el Nuevo Mundo no eran colonias de explotación al uso implícitamente están confundiendo sis-

tema de plantación con economía colonial (algo que ocurre a lo largo del libro). Es cierto que las plantaciones se desarrollaron de manera tardía en el Imperio español, pero esto no significa que no se articulara un auténtico sistema extractivo (en este caso de minerales) en este caso a través de la reestructuración radical y explotación brutal del trabajo nativo.

Esta cuestión me conduce a un último aspecto, también llamativamente ausente en el texto de Burón y Redondo. Los imperios rivalizan entre ellos (los clásicos y los modernos), pero también se imitan y aprenden constantemente unos de otros. Tomemos el ejemplo de Irlanda (que llamativamente este libro no considera como lo que fue, la primera colonia del Imperio británico). En una fecha tan temprana como el siglo XVI, la monarquía inglesa envió especialistas a España para que aprendieran las técnicas que los conquistadores habían empleado para doblegar a los «bárbaros» en el Nuevo Mundo. Británicos y holandeses, lentamente, aprendieron de las formas de trabajo implantadas por los españoles en América para sostener sus empresas coloniales en Asia. Por no hablar de la figura del Virrey, que los británicos tomaron del modelo español como una forma de estabilizar la India tras la sacudida de la Gran Rebelión de 1857.

En el fondo, las fronteras entre imperios clásicos y coloniales se parecen más a finas membranas que a gruesos muros, como ocurre con otras muchas dualidades con las que hemos manejado la cuestión de los imperios (por ejemplo, territoriales versus marítimos o liberales versus despóticos). Históricamente unos imperios se engarzan con otros, se destruyen y se producen. Así, la llamada «reconquista», ¿no fue el comienzo de la expansión colonial española, todo un laboratorio imperial? Igualmente, como bien ha mostrado Kenneth Pommeranz, ¿no permitió la expansión imperial en América la creación de una particular frontera ecológica que facilitó la expansión industrial en Gran Bretaña? (En este sentido, el historiador norteamericano ofrece una explicación muy sofisticada de la evolución histórica de diferentes regiones del globo, y no un cuadro de “múltiples excepcionalidades” (p. 102), como equivocadamente lo leen Burón y Redondo).

Al referirse a la llamada «Conquista del Oeste» o a la «Campaña del Desierto» en Argentina afirman los autores que resulta un error caracterizarlos como fenómenos imperialistas y que «estrictamente responden al proceso de construcción de los Estados» (p. 55). Sin embargo, resulta indudable el aire de familia de esta guerra contra la población nativa con la expansión de los imperios hacia las zonas de frontera. La barrera entre construcción estatal (en el sentido de estado-nación) e imperial es más lábil de lo que se presenta en esta obra.

Burón y Redondo nos han invitado a lo largo de su relato a abandonar los prejuicios nacionalistas, que nos han hecho condenar los viejos imperios, y a separar conceptualmente los imperios clásicos de los modernos imperios colonizadores. Estos últimos tenían «virtudes, pero sobre todo... defectos». El Imperio británico, que para los autores se presenta como el epítome de ese colonialismo, se expandió en África y «Por el camino, y siempre con la justificación de una misión civilizadora, millones de africanos murieron como consecuencia de un brutal proceso de conquista, de la explotación y la difusión de enfermedades» (p. 200). Lo cierto es que resulta complicado pensar en qué sentido fue radicalmente diferente la colonización española de América o la expansión de Roma, para los autores un ejemplo seminal de imperio universal.